

os digo que hagais lo que os diere gusto; que con esta carga nacemos las mugeres de estar obedientes á sus maridos, aunque sean unos porros: y en esto comenzó á llorar tan de véras, como si ya viera muerta y enterrada á Sanchica. Sancho la consoló diciéndole, que ya que la hubiese de hacer Condesa, la haria todo lo mas tarde que ser pudiese. Con esto se acabó su plática, y Sancho volvió á ver á Don Quixote, para dar orden en su partida.

CAPÍTULO VI.

De lo que le pasó á Don Quixote con su Sobrina y con su Ama: y es uno de los importantes capitulos de toda la historia.

En tanto que Sancho Panza y su muger Teresa Cascajo pasáron la impertinente referida plática, no estaban ociosas la Sobrina y el Ama de Don Quixote, que por mil señales iban coligiendo que su tío y señor queria desgarrarse la vez tercera, y volver al exercicio de su, para ellas, mal andante caballeria. Procuraban por todas las vias posibles apartarle de tan mal pensamiento; pero todo era predicar

en desierto y majar en hierro frio: con todo esto, entre otras muchas razones que con él pasáron le dixo el Ama: en verdad, señor mio, que si Vuesa Merced no afirma el pie llano y se está quedo en su casa, y se dexa de andar por los montes y por los valles, como ánima en pena, buscando esas que dicen que se llaman aventuras, á quien yo llamo desdichas, que me tengo de quejar en voz y en grita á Dios y al Rey, que ponga remedio en ello. A lo que respondió Don Quixote: Ama, lo que Dios responderá á tus quejas, yo no lo sé, ni lo que ha de responder Su Magestad tampoco, y solo sé que si yo fuera Rey, me excusara de responder á tanta infinidad de memoriales impertinentes, como cada dia le dan, que uno de los mayores trabajos que los Reyes tienen, entre otros muchos, es el estar obligados á escuchar á todos, y á responder á todos: así no querria yo que cosas mias le diesen pesadumbre. A lo que dixo el Ama: díganos, señor ¿en la corte de Su Magestad no hay caballeros? Sí, respondió Don Quixote, y muchos: y es razon que los haya para adorno de la grandeza de los Príncipes, y para ostentacion de la Magestad Real. ¿Pues no seria Vues-

sa Merced, replicó ella, uno de los que á pie quedo sirviesen á su Rey y Señor estándose en la corte? Mira, amiga, respondió Don Quixote, no todos los caballeros pueden ser cortesanos, ni todos los cortesanos pueden, ni deben ser caballeros andantes, de todos ha de haber en el mundo, y aunque todos seamos caballeros, va mucha diferencia de los unos á los otros, porque los cortesanos, sin salir de sus aposentos, ni de los umbrales de la corte, se pasean por todo el mundo, mirando un mapa, sin costarles blanca, ni padecer calor, ni frio, hambre, ni sed; pero nosotros los caballeros andantes verdaderos, al sol, al frio, al ayre, á las inclemencias del cielo, de noche y de dia, á pie y á caballo medimos toda la tierra con nuestros mismos pies: y no solamente conocemos los enemigos pintados, sino en su mismo ser, y en todo trance y en toda ocasion los acometemos, sin mirar en niñerías, ni en las leyes de los desafíos, si lleva, ó no lleva mas corta la lanza, ó la espada, si trae sobre sí reliquias, ó algun engaño encubierto, si se ha de partir y hacer tajadas el sol, ó no, con otras ceremonias deste jaez, que se usan en los desafíos particulares de perso-

na á persona, que tú no sabes, y yo sí: y has de saber mas, que el buen caballero andante, aunque vea diez gigantes, que con las cabezas no solo tocan sino pasan las nubes, y que á cada uno le sirven de piernas dos grandísimas torres, y que los brazos semejan árboles de gruesos y poderosos navíos, y cada ojo una gran rueda de molino, y mas ardiendo que un horno de vidrio, no le han de espantar en manera alguna; ántes con gentil continente y con intrépido corazon los ha de acometer y embestir: y si fuere posible vencerlos y desbaratarlos en un pequeño instante, aunque viniesen armados de unas conchas de un cierto pescado, que dicen que son mas duras que si fuesen de diamantes, y en lugar de espadas truxesen cuchillos tajantes de damasquino acero, ó porras ferradas con puntas asimismo de acero, como yo las he visto mas de dos veces. Todo esto he dicho, Ama mia, porque veas la diferencia que hay de unos caballeros á otros: y sería razon, que no hubiese Principe que no estimase en mas esta segunda, ó por mejor decir, primera especie de caballeros andantes, que segun leemos en sus historias, tal ha habido entre ellos, que ha sido la salud, no solo de un rey-

no, sino de muchos. ¡ Ah señor mio! dixo á esta sazón la Sobrina, advierta Vuesa Merced, que todo eso que dice de los caballeros andantes es fábula y mentira, y sus historias ya que no las quemasen, merecian que á cada una se le echase un sambenito, ó alguna señal, en que fuese conocida por infame y por gastadora de las buenas costumbres. Por el Dios que me sustenta, dixo Don Quixote, que si no fueras mi sobrina derechamente, como hija de mi misma hermana, que habia de hacer un tal castigo en ti, por la blasfemia que has dicho, que sonara por todo el mundo. Como que ¿es posible que una rapaza, que apenas sabe menear doce palillos de randas, se atreva á poner lengua y á censurar las historias de los caballeros andantes? ¿Que dixera el señor Amadis, si lo tal oyera? Pero á buen seguro, que él te perdonara, porque fué el mas humilde y cortes caballero de su tiempo y demas grande amparador de las doncellas; mas tal te pudiera haber oido, que no te fuera bien dello, que no todos son corteses, ni bien mirados; algunos hay follones y descomedidos: ni todos los que se llaman caballeros lo son de todo en todo, que unos son de oro, otros de alquimia, y todos parecen caballeros,

pero no todos pueden estar al toque de la piedra de la verdad: hombres baxos hay, que revientan por parecer caballeros, y caballeros altos hay, que parece que á posta mueren por parecer hombres baxos: aquellos se levantan, ó con la ambición, ó con la virtud: estos se abaxan, ó con la floxedad, ó con el vicio, y es menester aprovecharnos del conocimiento discreto, para distinguir estas dos maneras de caballeros tan parecidos en los nombres, y tan distantes en las acciones. ¡ Várame Dios! dixo la Sobrina: que sepa Vuesa Merced tanto, señor tio, que si fuese menester en una necesidad podría subir en un púlpito, é irse á predicar por esas calles, y que con todo esto dé en una ceguera tan grande y en una sandez tan conocida, que se dé á entender que es valiente, siendo viejo, que tiene fuerzas, estando enfermo, y que endereza tuertos, estando por la edad agobiado, y sobre todo, que es caballero, no lo siendo, porque aunque lo puedan ser los hidalgos, no lo son los pobres? Tienes mucha razon, Sobrina, en lo que dices, respondió Don Quixote, y cosas te pudiera yo decir cerca de los linages, que te admiraran; pero por no mezclar lo divino con lo humano, no las digo. Mirad,

amigos : á quatro suertes de linages (y estadme atentas) se pueden reducir todos los que hay en el mundo, que son estos: unos que tuviéron principios humildes, y se fuéron extendiendo y dilatando, hasta llegar á una suma grandeza: otros que tuviéron principios grandes, y los fuéron conservando, y los conservan y mantienen en el ser que comenzáron: otros que aunque tuviéron principios grandes, acabáron en punta, como pirámide, habiendo disminuido y aniquilado su principio hasta parar en nonada, como lo es la punta de la pirámide, que respeto de su basa, ó asiento, no es nada: otros hay, y estos son los mas, que ni tuviéron principio bueno, ni razonable medio, y así tendrán el fin sin nombre, como el linage de la gente plebeya y ordinaria. De los primeros, que tuviéron principio humilde y subiéron á la grandeza que agora conservan, te sirva de exemplo la casa Otomana, que de un humilde y baxo pastor que le dió principio, está en la cumbre que la vemos. Del segundo linage, que tuvo principio en grandeza y la conserva sin aumentarla, serán exemplo muchos Príncipes, que por herencia lo son y se conservan en ella, sin aumentarla, ni disminuirla, contentiéndose en los límites de

sus estados pacíficamente. De los que comenzáron grandes y acabáron en punta, hay millares de exemplos, porque todos los Faraones y Tolomeos de Egipto, los Césares de Roma, con toda la caterva (si es que se le puede dar este nombre de infinitos Príncipes, Monarcas, Señores, Medos, Asirios, Persas, Griegos y Bárbaros, todos estos linages y Señorios han acabado en punta y en nonada, así ellos, como los que les diéron principio, pues no será posible hallar agora ninguno de sus decendientes, y si le hallásemos, seria en baxo y humilde estado. Del linage plebeyo no tengo que decir, sino que sirve solo de acrecentar el número de los que viven, sin que merezcan otra fama, ni otro elogio sus grandezas. De todo lo dicho quiero que infirais, bobas mias, que es grande la confusion que hay entre los linages, y que solos aquellos parecen grandes y ilustres, que lo muestran en la virtud y en la riqueza y liberalidad de sus dueños. Dixe virtudes, riquezas y liberalidades, porque el grande que fuere vicioso, será vicioso grande, y el rico no liberal será un avaro mendigo, que al poseedor de las riquezas no le hace dichoso el tenerlas, sino el gastarlas, y no el gastarlas como quie-

ra, sino el saberlas bien gastar. Al caballero pobre no le queda otro camino para mostrar que es caballero, sino el de la virtud, siendo afable, bien criado, cortes, comedido y oficioso; no soberbio, no arrogante, no murmurador, y sobre todo caritativo, que con dos maravedís que con ánimo alegre dé al pobre, se mostrará tan liberal, como el que á campana herida da limosna, y no habrá quien le vea adornado de las referidas virtudes, que aunque no le conozca, dexé de juzgarle y tenerle por de buena casta: y el no serlo, sería milagro, y siempre la alabanza fué premio de la virtud, y los virtuosos no pueden dexar de ser alabados. Dos caminos hay, hijas, por donde pueden ir los hombres á llegar á ser ricos y honrados, el uno es el de las letras, otro el de las armas. Yo tengo mas armas que letras, y nací, segun me inclino á las armas, debaxo de la influencia del planeta Marte, así que casi me es forzoso seguir por su camino, y por él tengo de ir á pesar de todo el mundo, y será en balde cansaros en persuadirme, á que no quiera yo lo que los Cielos quieren, la fortuna ordena y la razon pide, y sobre todo mi voluntad desea: pues con saber, como sé, los innumerables trabajos

que son anexos al andante caballería, sé tambien los infinitos bienes que se alcanzan con ella: y sé que la senda de la virtud es muy estrecha, y el camino del vicio ancho y espacioso: y sé que sus fines y paraderos son diferentes, porque el del vicio dilatado y espacioso acaba en muerte, y el de la virtud angosto y trabajado acaba en vida, y no en vida que se acaba, sino en la que no tendrá fin: y sé, como dice el gran poeta castellano nuestro

*Por estas asperezas se camina
De la inmortalidad al alto asiento,
Do nunca arriba quien de allí declina.*

¡Ay desdichada de mí! dixo la Sobrina, que tambien mi señor es poeta, todo lo sabe, todo lo alcanza: yo apostaré, que si quisiera ser albañil, que supiera fabricar una casa como una jaula. Yo te prometo, Sobrina, respondió Don Quixote, que si estos pensamientos caballerescos no me llevasen tras sí todos los sentidos, que no habria cosa que yo no hiciese, ni curiosidad que no saliese de mis monos, especialmente jaulas y palillos de dientes. A este tiempo llamaron á la puerta, y preguntando quien llamaba, respondió Sancho Panza, que él era, y apenas le hubo co-

nocido el Ama, quando corrió á escon-derse, por no verle : tanto le aborrecia. Abrióle la Sobrina, salió á recibirle con los brazos abiertos su señor Don Quixote, y encerráronse los dos en su aposento, donde tuviéron otro coloquio, que no le hace ventaja el pasado.

CAPÍTULO VII.

De lo que pasó Don Quixote con su escudero, con otros sucesos famosísimos.

Apénas vió el Ama que Sancho Panza se encerraba con su señor, quando dió en la cuenta de sus tratos, y imaginando que de aquella consulta habia de salir la resolucion de su tercera salida, y tomando su manto, toda llena de congoja y pesadumbre, se fué á buscar al Bachiller Sanson Carrasco, pareciéndole que por ser bien hablado y amigo fresco de su señor, le podría persuadir á que dexase tan desvariado propósito. Hallóle paseándose por el patio de su casa, y viéndole, se dexó caer ante sus pies, trasudando y congojosa. Quando la vió Carrasco con muestras tan doloridas y sobresaltadas, le dixo ¿que es esto, señora Ama? ¿que le ha acontecido,

que parece que se le quiere arrancar el alma? No es nada, señor Sanson mio, sino que mi amo se sale, sálese sin duda. ¿Y por donde se sale, señora? preguntó Sanson. ¿Hásele roto alguna parte de su cuerpo? No se sale, respondió ella, sino por la puerta de su locura: quiero decir, señor Bachiller de mi ánima, que quiere salir otra vez, que con esta será la tercera, á buscar por ese mundo lo que él llama venturas, que yo no puedo entender como les da este nombre. La vez primera nos le volviéron atravesado sobre un jumento, molido á palos: la segunda vino en un carro de bueyes metido y encerrado en una jaula, adonde él se daba á entender que estaba encantado, y venia tal el triste, que no le conociera la madre que le parió, flaco, amarillo, los ojos hundidos en los últimos camaranchones del celebro, que para haberle de volver algun tanto en sí gasté mas de seiscientos huevos, como lo sabe Dios y todo el mundo y mis gallinas, que no me dexarán mentir. Eso creo yo muy bien, respondió el Bachiller, que ellas son tan buenas, tan gordas y tan bien criadas, que no dirán una cosa por otra, si reventasen. En efecto, señora Ama ¿no hay otra cosa, ni ha

sucedido otro desmán alguno, sino el que se teme que quiere hacer el señor Don Quixote? No señor, respondió ella. Pues no tenga pena, respondió el Bachiller, sino váyase en hora buena á su casa, y téngame aderezado de almorzar alguna cosa caliente, y de camino vaya rezando la oracion de Santa Apolonia, si es que la sabe, que yo iré luego allá, y verá maravillas. ¡Cuitada de mí! replicó el Ama ¿la oracion de Santa Apolonia dice Vuesa Merced que rece? eso fuera si mi amo lo hubiera de las muelas; pero no lo ha sino de los cascós. Yo sé lo que digo, señora Ama: váyase, y no se ponga á disputar conmigo, pues sabe que soy Bachiller por Salamanca, que no hay mas que bachillar, respondió Carrasco: y con esto se fué el Ama, y el Bachiller fué luego á buscar al Cura á comunicar con él lo que se dirá á su tiempo.

En el que estuviéron encerrados Don Quixote y Sancho, pasaron las razones que con mucha puntualidad y verdadera relacion cuenta la historia. Dixo Sancho á su amo: señor, ya yo tengo relucida á mi muger á que me dexé ir con Vuesa Merced adonde quisiere llevarme. Reducida has de decir, Sancho, dixo Don Quixote,

que no relucida. Una, ó dos veces, respondió Sancho, si mal no me acuerdo, he suplicado á Vuesa Merced, que no me entiende los vocablos, si es que entiende lo que quiero decir en ellos, y que quando no los entienda, diga: Sancho, ó diablo, no te entiendo, y si yo no me declarare, entónces podrá enmendarme, que yo soy tan fócil. No te entiendo, Sancho, dixo luego Don Quixote, pues no sé que quiere decir, soy tan fócil. Tan fócil quiere decir, respondió Sancho, soy tan así. Méenos te entiendo agora, replicó Don Quixote. Pues si no me puede entender, respondió Sancho, no sé como lo diga, no sé mas, y Dios sea conmigo. Ya, ya caygo, respondió Don Quixote, en ello: tú quieres decir, que eres tan dócil, blando y mañero, que tomarás lo que yo te dixere y pasarás por lo que te enseñare. Apostaré yo, dixo Sancho, que desde el emprincipio me caló y me entendió, sino que quiso turbarme por oirme decir otras docientas patochadas. Podrá ser, replicó Don Quixote: y en efecto ¿que dice Teresa? Teresa dice, dixo Sancho, que ate bien mi dedo con Vuesa Merced, y que hablen cartas y callen barbas, porque quien destaja, no baraja, pues mas vale un to-

ma , que dos te daré : y yo digo que el consejo de la muger es poco , y el que no le toma es loco. Y yo lo digo tambien , respondió Don Quixote. Decid , Sancho amigo : pasad adelante , que hablais hoy de perlas. Es el caso , replicó Sancho , que como Vuesa Merced mejor sabe , todos estamos sujetos á la muerte , y que hoy somos y mañana no , y que tan presto se va el cordero , como el carnero , y que nadie puede prometerse en este mundo mas horas de vida de las que Dios quisiere darle , porque la muerte es sorda , y quando llega á llamar á las puertas de nuestra vida , siempre va de priesa , y no la harán detener ni ruegos , ni fuerzas , ni cetros , ni mitras , segun es pública voz y fama y segun nos lo dicen por esos púlpitos. Todo eso es verdad , dixo Don Quixote ; pero no sé donde vas á parar. Voy á parar , dixo Sancho , en que Vuesa Merced me señale salario conocido de lo que me ha de dar cada mes el tiempo que le sirviere , y que el tal salario se me pague de su hacienda , que no quiero estar á mercedes , que llegan tarde , ó mal , ó nunca : con lo mio me ayude Dios. En fin , yo quiero saber lo que gano poco , ó mucho que sea , que sobre un huevo pone la gallina , y mu-

chos pocos hacen un mucho , y mientras se gana algo , no se pierde nada. Verdad sea que si sucediese (lo qual ni lo creo , ni lo espero) que Vuesa Merced me diese la Insula que me tiene prometida , no soy tan ingrato , ni llevo las cosas tan por los cabos , que no querré que se aprecie lo que montare la renta de la tal Insula , y se descuente de mi salario gata por cantidad. Sancho amigo , respondió Don Quixote , á las veces tan buena suele ser una gata , como una rata. Ya entiendo , dixo Sancho : yo apostaré , que habia de decir rata y no gata , pero no importa nada , pues Vuesa Merced me ha entendido. Y tan entendido , respondió Don Quixote , que he penetrado lo último de tus pensamientos , y sé al blanco que tiras con las innumerables saetas de tus refranes. Mira , Sancho , yo bien te señalaria salario , si hubiera hallado en alguna de las historias de los caballeros andantes exemplo que me descubriese y mostrase por algun pequeño resquicio , que es lo que solian ganar cada mes , ó cada año ; pero yo he leído todas , ó las mas de sus historias , y no me acuerdo haber leído que ningun caballero andante haya señalado conocido salario á su escudero , solo sé que todos servian á merced , y que quan-

do ménos se lo pensaban , si á sus señores les habia corrido bien la suerte , se hallaban premiados con una Insula , ó con otra cosa equivalente , y por lo ménos quedaban con título y Señoría : si con estas esperanzas y aditamentos vos , Sancho , gustais de volver á servirme , sea en buena hora , que pensar que yo he de sacar de sus términos y quicios la antigua usanza de la caballería andante , es pensar en lo excusado : así que , Sancho mio , volved á vuestra casa , y declarad á vuestra Teresa mi intencion , y si ella gustare y vos gustáredes de estar á merced conmigo , *bens quidem* , y si no , tan amigos como de ántes , que si al palomar no le falta cebo , no le faltarán palomas : y advertid , hijo , que mas vale buena esperanza que ruin posesion , y buena queja que mala paga. Hablo desta manera , Sancho , por daros á entender que tambien como vos sé yo arrojarefranes como llovidos : y finalmente quiero decir , y os digo , que si no queréis venir á merced conmigo y correr la suerte que yo corriere , que Dios quede con vos y os haga un santo , que á mi no me faltarán escuderos mas obedientes , mas solícitos , y no tan empachados , ni tan habladores como vos. Quando Sancho oyó la

firme resolucion de su amo , se le anubló el cielo y se le cayéron las alas del corazón , porque tenia creído que su señor no se iria sin él por todos los háberes del mundo : y así estando suspenso y pensativo , entró Sanson Carrasco y el Ama y la Sobrina , deseosas de oír con qué razones persuadia á su señor , que no tornase á buscar las aventuras. Llegó Sanson , socarron famoso , y abrazándole como la vez primera y con voz levantada , le dixo : ¡ó flor de la andante caballería ! ¡ó luz resplandeciente de las armas ! ¡ó honor y espejo de la Nacion Española ! plega á Dios todo poderoso , donde mas largamente se contiene , que la persona , ó personas que pusieren impedimento y estorbaren tu tercera salida , que no la hallen en el laberinto de sus deseos , ni jamas se les cumpla lo que mal desearen : y volviéndose al Ama , le dixo : bien puede la señora Ama no rezar mas la oración de Santa Apolonia , que yo sé que es determinacion precisa de las esferas , que el señor Don Quixote vuelva á executar sus altos y nuevos pensamientos , y yo encargaria mucho mi conciencia , si no intimase y persuadiese á este caballero , que no tenga mas tiempo encogida y detenida la fuerza de su valeroso brazo y la bondad de su áni-

mo valentísimo, porque defrauda con su tardanza el derecho de los tuertos, el amparo de los huérfanos, la honra de las doncellas, el favor de las viudas y el arrimo de las casadas y otras cosas deste jaez, que tocan, atañen, dependen y son anexas á la órden de la caballería andante. Ea, señor Don Quixote mio, hermoso y bravo, ántes hoy que mañana se ponga Vuesa Merced y su grandeza en camino, y si alguna cosa faltare para ponerle en execucion, aquí estoy yo para suplirla con mi persona y hacienda, y si fuere necesidad servir á su magnificencia de escudero, lo tendré á felicísima ventura. Á esta sazón dixo Don Quixote, volviéndose á Sancho: ¿no te dixes yo, Sancho, que me habian de sobrar escuderos? mira quien se ofrece á serlo, sino el inaudito Bachiller Sanson Carrasco, perpetuo trastulo y regocijador de los patios de las escuelas salmanticenses, sano de su persona, ágil de sus miembros, callado, sufridor así del calor como del frio, así de la hambre como de la sed, con todas aquellas partes que se requieren para ser escudero de un caballero andante; pero no permita el Cielo que por seguir mi gusto desjarrete y quiebre la columna de las letras y el vaso de las cien-

cias y tronque la palma eminente de las buenas y liberales artes: quédese el nuevo Sanson en su patria, y honrándola, honre juntamente las canas de sus ancianos padres, que yo con qualquier escudero estaré contento, ya que Sancho no se digna de venir conmigo. Si diógo, respondió Sancho, enternecido y llenos de lágrimas los ojos, y prosiguió: no se dirá por mí, señor mio, el pan comido y la compañía deshecha: si que no vengo yo de alguna alcurnia desagradecida, que ya sabe todo el mundo y especialmente mi pueblo, quien fueron los Panzas, de quien yo deciendo, y mas que tengo conocido y calado por muchas buenas obras y por mas buenas palabras el deseo que Vuesa Merced tiene de hacerme merced, y si me he puesto en cuentas de tanto mas quanto acerca de mi salario, ha sido por complacer á mi muger, la qual quando toma la mano á persuadir una cosa, no hay mazo que tanto apriete los aros de una cuba, como ella aprieta á que se haga lo que quiere; pero en efeto el hombre ha de ser hombre y la muger muger, y pues yo soy hombre donde quiera, que no lo puedo negar, tambien lo quiero ser en mi casa, pese á quien pesare: y así no hay mas que hacer,

sino que Vuesa Merced ordene su testamento con su codicilo, en modo que no se pueda revolver, y pongámonos luego en camino, porque no padezca el alma del señor Sanson, que dice que su conciencia le lita, que persuada á Vuesa Merced á salir vez tercera por ese mundo, y yo de nuevo me ofrezco á servir á Vuesa Merced fiel y legalmente, tan bien y mejor que quantos escuderos han servido á caballeros andantes en los pasados y presentes tiempos. Admirado quedó el Bachiller de oír el término y modo de hablar de Sancho Panza, que puesto que habia leído la primera historia de su señor, nunca creyó que era tan gracioso como allí le pintan; pero oyéndole decir ahora testamento y codicilo que no se pueda revolver, en lugar de testamento y codicilo que no se pueda revocar, creyó todo lo que dél habia leído, y confirmólo por uno de los mas solemnes mentecatos de nuestros siglos, y dixo entre sí, que tales dos locos como amo y mozo no se habrían visto en el mundo. Finalmente Don Quixote y Sancho se abrazaron, y quedaron amigos, y con parecer y beneplacito del gran Carrasco, que por entonces era su oráculo, se ordenó que de allí á tres dias fuese su partida, en los

quales habria lugar de aderezar lo necesario para el viage, y de buscar una celada de encaxe, que en todas maneras, dixo Don Quixote, que la habia de llevar. Ofrecióse la Sanson, porque sabia no se la negaria un amigo suyo, que la tenia, puesto que estaba mas oscura por el orin y el moho, que clara y limpia por el terso acero. Las maldiciones que las dos, Ama y Sobrina echaron al Bachiller, no tuvieron cuenta: mesaron sus cabellos, arañaron sus rostros, y al modo de las endechaderas que se usaban, lamentaban la partida, como si fuera la muerte de su señor. El designio que tuvo Sanson para persuadirle á que otra vez saliese, fué hacer lo que adelante cuenta la historia, todo por consejo del Cura y del Barbero, con quien él antes lo habia comunicado. En resolucion, en aquellos tres dias Don Quixote y Sancho se acomodaron de lo que les pareció convenirles, y habiendo aplacado Sancho á su muger, y Don Quixote á su Sobrina y á su Ama, al anochecer, sin que nadie lo viese, sino el Bachiller que quiso acompañarles media legua del Lugar, se pusieron en camino del Toboso, Don Quixote sobre su buen Rocinante, y Sancho sobre su antiguo rucio, proveidas las alforjas de

cosas tocantes á la bucólica, y la bolsa de dineros que le dió Don Quixote, para lo que se ofreciese. Abrazóle Sanson y suplicóle le avisase de su buena ó mala suerte, para alegrarse con esta, ó entristecerse con aquella, como las leyes de su amistad pedían. Prometióselo Don Quixote: dió Sanson la vuelta á su Lugar, y los dos tomaron la de la gran ciudad del Toboso.

CAPÍTULO VIII.

Donde se cuenta lo que le sucedió á Don Quixote, yendo á ver á su señora Dulcinea del Toboso.

Bendito sea el poderoso Alá, dice Hamete Benengeli al comienzo deste octavo capítulo: bendito sea Alá, repite tres veces, y dice que da estas bendiciones por ver que tiene ya en campaña á Don Quixote y á Sancho, y que los lectores de su agradable historia pueden hacer cuenta, que desde este punto comienzan las hazañas y donayres de Don Quixote y de su escudero: persuádeles que se les olviden las pasadas caballerías del ingenioso hidalgo, y pongan los ojos en las que están por venir, que desde agora en el camino del

Toboso comienzan, como las otras comenzaron en los campos de Montiel: y no es mucho lo que pide para tanto como él promete, y así prosigue diciendo:

Solos quedaron Don Quixote y Sancho, y apenas se hubo apartado Sanson, quando comenzó á relinchar Rocinante y á sospirar el rucio, que de entrámbos, caballero y escudero fué tenido á buena señal y por felicísimo agüero; aunque si se ha de contar la verdad, mas fuéron los sospiros y rebuznos del rucio, que los relinchos del rocin, de donde coligió Sancho, que su ventura habia de sobrepujar y ponerse encima de la de su señor, fundándose, no sé si en astrología judiciaria, que él se sabia, puesto que la historia no lo declara: solo le oyéron decir, que quando tropezaba, ó caía, se holgara no haber salido de casa, porque del tropezar, ó caer, no se sacaba otra cosa, sino el zapato roto, ó las costillas quebradas: y aunque tanto, no andaba en esto muy fuera de camino. Dixole Don Quixote: Sancho amigo, la noche se nos va entrando á mas andar y con mas escuridad de la que habíamos menester, para alcanzar á ver con el dia al Toboso, adonde tengo determinado de ir ántes que en otra aventura me

ponga , y allí tomaré la bendicion y buena licencia de la sin par Dulcinea , con la qual licencia pienso y tengo por cierto de acabar y dar felice cima á toda peligrosa aventura , porque ninguna cosa desta vida hace mas valientes á los caballeros andantes , que verse favorecidos de sus damas. Yo asi lo creo , respondió Sancho ; pero tengo por dificultoso que Vuesa Merced pueda hablarla , ni verse con ella , en parte á lo ménos que pueda recibir su bendicion , si ya no se la echa desde las bardas del corral , por donde yo la vi la vez primera , quando le llevé la carta donde iban las nuevas de las sandeces y locuras que Vuesa Merced quedaba haciendo en el corazon de Sierra Morena. ¿Bardas de corral se te antojáron aquellas , Sancho , dixo Don Quixote , adonde , ó por donde viste aquella jamas bastantemente alabada gentileza y hermosura ? No debian de ser sino galerías , ó corredores , ó lonjas , ó como las llaman , de ricos y reales palacios. Todo pudo ser , respondió Sancho ; pero á mí bardas me parecieron , sino es que soy falto de memoria. Con todo eso vamos allá , Sancho , replicó Don Quixote , que como yo la vea , eso se me da que sea por bardas , que por ventanas , ó por resquicios,

ó verjas de jardines , que qualquier rayo que del sol de su belleza llegue á mis ojos , alumbrará mi entendimiento y fortalecerá mi corazon de modo , que quede único y sin igual en la discrecion y en la valentia. Pues en verdad , señor , respondió Sancho , que quando yo vi ese sol de la señora Dulcinea del Toboso , que no estaba tan claro , que pudiese echar de sí rayos algunos , y debió de ser , que como Su Merced estaba ahechando aquel trigo que dixé , el mucho polvo que sacaba , se le puso como nube ante el rostro y se le escureció. ¿Que todavia das , Sancho , dixo Don Quixote , en decir , en pensar , en creer y en porfiar , que mi señora Dulcinea ahechaba trigo , siendo eso un menester y exercicio que va desviado de todo lo que hacen y deben hacer las personas principales , que están constituidas y guardadas para otros exercicios y entretenimientos , que muestran á tiro de ballesta su principalidad ? Mal se te acuerdan á ti , ó Sancho , aquellos versos de nuestro poeta , donde nos pinta las labores que hacian allá en sus moradas de cristal aquellas quatro Ninfas , que del Tajo amado sacaron las cabezas , y se sentaron á labrar en el prado verde aquellas ricas telas , que allí el

ingenioso poeta nos describe , que todas eran de oro , sirgo y perlas contextas y texidas : y desta manera debia de ser el de mi señora quando tú la viste , sino que la envidia que algun mal encantador debe de tener á mis cosas , todas las que me han de dar gusto , trueca y vuelve en diferentes figuras que ellas tienen : y así temo , que en aquella historia , que dicen que anda impresa de mis hazañas , si por ventura ha sido su autor algun sabio mi enemigo , habrá puesto unas cosas por otras , mezclando con una verdad mil mentiras , divirtiéndose á contar otras acciones fuera de lo que requiere la continuacion de una verdadera historia. ¡Ó envidia , raiz de infinitos males , y carcoma de las virtudes ! Todos los vicios , Sancho , traen un no sé que de deleyte consigo ; pero el de la envidia no trae sino disgustos , rancores y rabias. Eso es lo que yo digo tambien , respondió Sancho , y pienso que en esa leyenda , ó historia que nos dixo el Bachiller Carrasco , que de nosotros habia visto , debe de andar mi honra á coche acá cinchado , y como dicen , al estricote aquí y allí barriendo las calles : pues á fe de bueno , que no he dicho yo mal de ningun encantador , ni tengo tantos bienes que pue-

da ser envidiado : bien es verdad que soy algo malicioso , y que tengo mis ciertos asomos de bellaco ; pero todo lo cubre y tapa la gran capa de la simpleza mia siempre natural y nunca artificiosa : y quando otra cosa no tuviese , sino el creer , como siempre creo , firme y verdaderamente en Dios y en todo aquello que tiene y cree la Santa Iglesia Católica Romana , y el ser enemigo mortal , como lo soy , de los judíos , debian los historiadores tener misericordia de mí , y tratarme bien en sus escritos ; pero digan lo que quisieren , que desnudo nací , desnudo me hallo , ni pierdo , ni gano , aunque por verme puesto en libros y andar por ese mundo de mano en mano , no se me da un higo que digan de mí todo lo que quisieren. Eso me parece , Sancho , dixo Don Quixote , á lo que sucedió á un famoso poeta de estos tiempos , el qual habiendo hecho una maliciosa sátira contra todas las damas cortesanas , no puso ni nombró en ella á una dama , que se podia dudar si lo era , ó no , la qual viendo que no estaba en la lista de las demas , se quejó al poeta , diciéndole que que habia visto en ella para no ponerla en el número de las otras , y que alargase la sátira , y la pusiese en el ensanche , si

no, que mirase para lo que habia nacido. Hizolo así el poeta, y púsola qual no digan dueñas, y ella quedó satisfecha por verse con fama, aunque infame. Tambien viene con esto lo que cuentan de aquel pastor, que puso fuego y abrasó el templo famoso de Diana, contado por una de las siete maravillas del mundo, solo porque quedase vivo su nombre en los siglos venideros, y aunque se mandó que nadie le nombrase, ni hiciese por palabra, ó por escrito mencion de su nombre, porque no consiguiese el fin de su deseo, todavia se supo, que se llamaba Erostrato. Tambien alude á esto lo que sucedió al grande Emperador Cárlos Quinto con un caballero en Roma. Quiso ver el Emperador aquel famoso templo de la Rotunda, que en la antigüedad se llamó el templo de todos los Dioses, y ahora con mejor vocacion se llama de todos los Santos, y es el edificio que mas entero ha quedado de los que alzó la gentilidad en Roma, y es el que mas conserva la fama de la grandiosidad y magnificencia de sus fundadores: él es de hechura de una media naranja, grandísimo en extremo, y está muy claro, sin entrarle otra luz, que la que le concede una ventana, ó por mejor decir, clara-

boya redonda que está en su cima, desde la qual mirando el Emperador el edificio, estaba con él y á su lado un caballero romano, declarándole los primores y sutilezas de aquella gran máquina y memorable arquitectura, y habiéndose quitado de la claraboya, dixo al Emperador: mil veces, Sacra Magestad, me vino deseo de abrazarme con Vuestra Magestad, y arrojarle de aquella claraboya abaxo, por dexar de mí fama eterna en el mundo. Yo os agradezco, respondió el Emperador, el no haber puesto tan mal pensamiento en efeto, y de aquí adelante no os pondré yo en ocasion que volvais á hacer prueba de vuestra lealtad, y así os mando que jamas me habéis, ni esteis donde yo estuviere: y tras estas palabras le hizo una gran merced. Quiero decir, Sancho, que el deseo de alcanzar fama es activo en gran manera. ¿Quien piensas tú que arrojó á Horacio del puente abaxo armado de todas armas, en la profundidad del Tibre? ¿quien abrasó el brazo y la mano á Mucio? ¿quien impelió á Curcio á lanzarse en la profunda sima ardiente, que apareció en la mitad de Roma? ¿quien contra todos los agüeros que en contra se le habian mostrado, hizo pasar el Rubicon á César?

Y con exemplos mas modernos ¿quien barrenó los navios y dexó en seco y aislados los valerosos Españoles , guiados por el cortesísimo Cortes en el Nuevo Mundo? Todas estas , y otras grandes y diferentes hazañas son , fuéron y serán obras de la fama , que los mortales desean como premios , y parte de la inmortalidad que sus famosos hechos merecen , puesto que los christianos católicos y andantes caballeros mas habemos de atender á la gloria de los siglos venideros , que es eterna en las regiones etéreas y celestes , que á la vanidad de la fama que en este presente y acabable siglo se alcanza , la qual fama por mucho que dure , en fin se ha de acabar con el mesmo mundo , que tiene su fin señalado : así , ó Sancho , que nuestras obras no han de salir del limite que nos tiene puesto la Religion Christiana que profesamos. Hemos de matar en los gigantes á la soberbia , á la envidia en la generosidad y buen pecho , á la ira en el reposado continente y quietud del ánimo , á la gula y al sueño en el poco comer que comemos , y en el mucho velar que velamos , á la injuria y lascivia en la lealtad que guardamos á las que hemos hecho señoras de nuestros pensamientos , á la pereza con andar por

todas las partes del mundo buscando las ocasiones que nos puedan hacer y hagan sobre christianos , famosos caballeros. Ves aquí , Sancho , los medios por donde se alcanzan los extremos de alabanzas , que consigo trae la buena fama. Todo lo que Vuesa Merced hasta aquí me ha dicho , dixo Sancho , lo he entendido muy bien , pero con todo eso querria que Vuesa Merced me sorbiese una duda , que agora en este punto me ha venido á la memoria. Asolviese , quieres decir , Sancho , dixo Don Quixote : di en buen hora , que yo responderé lo que supiere. Dígame , señor , prosiguió Sancho , esos Juliós , ó Agostos , y todos esos caballeros hazañosos que ha dicho , que ya son muertos ¿donde están agora? Los gentiles , respondió Don Quixote , sin duda están en el infierno , los christianos , si fuéron buenos christianos , ó están en el purgatorio , ó en el cielo. Está bien , dixo Sancho ; pero sepamos ahora ¿esas sepulturas , donde están los cuerpos desos señorazos , tienen delante de sí lámparas de plata , ó están adornadas las paredes de sus capillas de muletas , de mortajas , de cabelleras , de piernas y de ojos de cera? y si desto no? de que están adornadas? Á lo que respondió Don Quixote:

los sepulcros de los gentiles fueron por la mayor parte suntuosos templos: las cenizas del cuerpo de Julio César se pusieron sobre una pirámide de piedra de desmesurada grandeza, á quien hoy llaman en Roma la Aguja de San Pedro. Al Emperador Adriano le sirvió de sepultura un castillo tan grande como una buena aldea, á quien llamaron *Moles Adriani*, que agora es el castillo de Santángel en Roma. La Reyna Artemisa sepultó á su marido Mausoleo en un sepulcro que se tuvo por una de las siete maravillas del mundo; pero ninguna destas sepulturas, ni otras muchas que tuvieron los gentiles, se adornaron con mortajas, ni con otras ofrendas y señales que mostrasen ser santos los que en ellas estaban sepultados. Á eso voy, replicó Sancho, y dígame agora ¿qual es mas, resucitar á un muerto, ó matar á un gigante? La respuesta está en la mano, respondió Don Quixote, mas es resucitar á un muerto. Cogido le tengo, dixo Sancho, luego la fama del que resucita muertos, da vista á los ciegos, endereza los coxos y da salud á los enfermos, y delante de sus sepulturas arden lámparas y están llenas sus capillas de gentes devotas, que de rodillas adoran sus reliquias, mejor fama se-

rá para este y para el otro siglo, que la que dexaron y dexaren quantos Emperadores gentiles y caballeros andantes ha habido en el mundo. Tambien confieso esa verdad, respondió Don Quixote. Pues esta fama, estas gracias, estas prerogativas, como llaman á esto, respondió Sancho, tienen los cuerpos y las reliquias de los Santos, que con aprobacion y licencia de nuestra Santa Madre Iglesia tienen lámparas, velas, mortajas, muletas, pinturas, cabellejas, ojos, piernas, con que aumentan la devocion y engrandecen su christiana fama. Los cuerpos de los Santos, ó sus reliquias llevan los Reyes sobre sus hombros, besan los pedazos de sus huesos, adornan y enriquecen con ellos sus oratorios y sus mas preciados altares. ¿Que quieres que infiera, Sancho, de todo lo que has dicho? dixo Don Quixote. Quiero decir, dixo Sancho, que nos demos á ser santos, y alcanzaremos mas brevemente la buena fama que pretendemos: y advierta, señor, que ayer, ó antes de ayer (que segun ha poco, se puede decir desta manera) canonizaron, ó beatificaron dos fraylecitos descalzos, cuyas cadenas de hierro con que ceñian y atormentaban sus cuerpos, se tiene ahora á gran ventura el besarlas y

tocarlas , y están en mas veneracion , que está , segun dixere , la espada de Roldan en la armería del Rey nuestro Señor , que Dios guarde. Así que , señor mio , mas vale ser humilde fraylecito de qualquier órden que sea , que valiente y andante caballero : mas alcanzan con Dios dos docenas de diciplinas , que dos mil lanzadas , ora las dén á gigantes , ora á vestiglos , ó á endriagos. Todo eso es así , respondió Don Quixote ; pero no todos podemos ser frayles , y muchos son los caminos por donde lleva Dios á los suyos al cielo : religion es la caballería , caballeros santos hay en la gloria. Sí , respondió Sancho ; pero yo he oido decir , que hay mas frayles en el cielo , que caballeros andantes. Eso es , respondió Don Quixote , porque es mayor el número de los religiosos , que el de los caballeros. Muchos son los andantes , dixo Sancho. Muchos , respondió Don Quixote , pero pocos los que merecen nombre de caballeros. En estas y otras semejantes pláticas se les pasó aquella noche y el dia siguiente , sin acontecerles cosa que de contar fuese , de que no poco le pesó á Don Quixote. En fin otro dia al anochecer descubrieron la gran ciudad del Toboso , con cuya vista se le alegraron los

espíritus á Don Quixote , y se le entristecieron á Sancho , porque no sabia la casa de Dulcinea , ni en su vida la habia visto , como no la habia visto su señor , de modo que el uno por verla , y el otro por no haberla visto , estaban alborotados , y no imaginaba Sancho , que habia de hacer quando su dueño le enviase al Toboso. Finalmente ordenó Don Quixote entrar en la ciudad entrada la noche , y en tanto que la hora se llegaba , se quedáron entre unas encinas , que cerca del Toboso estaban , y llegado el determinado punto , entráron en la ciudad donde les sucedió cosas , que á cosas llegan.

CAPÍTULO IX.

Donde se cuenta lo que en él se verá.

Media noche era por filo , poco mas á ménos , quando Don Quixote y Sancho dexáron el monte y entráron en el Toboso. Estaba el pueblo en un sosegado silencio , porque todos sus vecinos dormian y reposaban á pierna tendida , como suele decirse. Era la noche entreclara , puesto que quisiera Sancho , que fuera del todo oscura , por hallar en su oscuridad discul-

pa de su sandez. No se oia en todo el Lugar sino ladridos de perros, que atronaban los oidos de Don Quixote y turbaban el corazon de Sancho. De quando en quando rebuznaba un jumento, gruñian puercos, mayaban gatos, cuyas voces de diferentes sonidos se aumentaban con el silencio de la noche: todo lo qual tuvo el enamorado caballero á mal agüero, pero con todo esto dixo á Sancho: Sancho hijo, guia al palacio de Dulcinea, quizá podrá ser que la hallemos despierta. ¿Á que palacio tengo de guiar, cuerpo del sol, respondió Sancho, que en el que yo vi á su grandeza, no era sino casa muy pequeña? Debía de estar retirada entónces, respondió Don Quixote, en algun pequeño apartamento de su alcázar, solazándose á solas con sus doncellas, como es uso y costumbre de las altas señoras y Princesas. Señor, dixo Sancho, ya que Vuesa Merced quiere, á pesar mio, que sea alcázar la casa de mi señora Dulcinea ¿es hora esta por ventura de hallar la puerta abierta? ¿y será bien, que demos aldabazos, para que nos oygan y nos abran, metiendo en alboroto y rumor toda la gente? ¿Vamos por dicha á llamar á la casa de nuestras mancebas, como hacen los abarraganados, que

llegan y llaman y entran á qualquier hora, por tarde que sea? Hallemos primero una por una el alcázar, replicó Don Quixote, que entónces yo te diré, Sancho, lo que será bien que hagamos: y advierte, Sancho, que ó yo veo poco, ó que aquel bulto grande y sombra, que desde aquí se descubre, la debe de hacer el palacio de Dulcinea. Pues guie Vuesa Merced, respondió Sancho, quizá será así, aunque yo lo veré con los ojos, y lo tocaré con las manos, y así lo creeré yo, como creer que es ahora de dia. Guió Don Quixote, y habiendo andado como docientos pasos, dió con el bulto que hacia la sombra, y vió una gran torre, y luego conoció que el tal edificio no era alcázar, sino la iglesia principal del pueblo, y dixo: con la iglesia hemos dado, Sancho. Ya lo veo, respondió Sancho, y plega á Dios, que no demos con nuestra sepultura, que no es buena señal andar por los cimiterios á tales horas, y mas habiendo yo dicho á Vuesa Merced, si mal no me acuerdo, que la casa desta señora ha de estar en una callejuela sin salida. Maldito seas de Dios, mentecato, dixo Don Quixote: ¿adonde has tú hallado, que los alcázares y palacios reales estén edificados en callejuelas

sin salida? Señor, respondió Sancho, en cada tierra su uso, quizá se usa aquí en el Toboso edificar en callejuelas los palacios y edificios grandes: y así suplico á Vuesa Merced me dexé buscar por estas calles, ó callejuelas que se me ofrecen, podría ser que en algun rincón topase con ese alcázar, que le vea yo comido de perros, que así nos trae corridos y asendereados. Habla con respeto, Sancho, de las cosas de mi señora, dixo Don Quixote, y tengamos la fiesta en paz y no arrojemos la soga tras el caldero. Yo me reportaré, respondió Sancho; pero con que paciencia podré llevar, que quiera Vuesa Merced, que de sola una vez que vi la casa de nuestra ama, la haya de saber siempre y hallarla á media noche, no hallándola Vuesa Merced, que la debe de haber visto millares de veces? Tú me harás desesperar, Sancho, dixo Don Quixote: ven acá, he-rege; no te he dicho mil veces, que en todos los días de mi vida no he visto á la sin par Dulcinea, ni jamas atravesé los umbrales de su palacio, y que solo estoy enamorado de oídas y de la gran fama que tiene de hermosa y discreta? Ahora lo oigo, respondió Sancho, y digo, que pues Vuesa Merced no la ha visto, ni yo tam-

poco. Eso no puede ser, replicó Don Quixote, que por lo ménos ya me has dicho tú, que la viste ahechando trigo, quando me truxiste la respuesta de la carta que le envié contigo. No se atenga á eso, señor, respondió Sancho, porque le hago saber, que tambien fué de oídas la vista y la respuesta que le truxe, porque así sé yo quien es la señora Dulcinea, como dar un puño en el cielo. Sancho, Sancho, respondió Don Quixote, tiempos hay de burlas, y tiempos donde caen y parecen mal las burlas: no porque yo diga, que ni he visto, ni hablado á la señora de mi alma, has tú de decir tambien, que ni la has hablado, ni visto, siendo tan al revés como sabes. Estando los dos en estas pláticas, viéron que venia á pasar por donde estaban uno con dos mulas, que por el ruido que hacia el arado que arrastraba por el suelo, juzgáron que debía de ser labrador, que habria madrugado ántes del día á ir á su labranza: y así fué la verdad. Venia el labrador cantando aquel romance que dice:

*Mala la hubistes, Franceses,
en esa de Roncesvalles.*

Que me maten, Sancho, dixo en oyéndole Don Quixote, si nos ha de suceder cosa

buena esta noche. ¿ No oyes lo que viene cantando ese villano ? Sí oygo, respondió Sancho ; pero que hace á nuestro propósito la caza de Roncesvalles ? Así pudiera cantar el romance de Calainos , que todo fuera uno , para sucedernos bien ó mal en nuestro negocio. Llegó en esto el labrador , á quien Don Quixote preguntó : sabréisme decir , buen amigo , que buena ventura os dé Dios , ¿ donde son por aquí los palacios de la sin par Princesa Doña Dulcinea del Toboso ? Señor , respondió el mozo , yo soy forastero , y ha pocos dias que estoy en este pueblo , sirviendo á un labrador rico en la labranza del campo : en esa casa frontera viven el cura y el sacristan del Lugar , entrámbos , ó qualquier dellos sabrá dar á Vuesa Merced razon de esa señora Princesa , porque tienen la lista de todos los vecinos del Toboso , aunque para mí tengo que en todo él no vive Princesa alguna , muchas señoras sí principales , que cada una en su casa puede ser Princesa. Pues entre esas , dixo Don Quixote , debe de estar , amigo , esta por quien te pregunto. Podria ser , respondió el mozo , y á Dios , que ya viene el alba : y dando á sus mulas , no atendió á mas preguntas. Sancho que vió suspenso á su señor y asaz mal con-

tento , le dixo : señor , ya se viene á mas andar el dia , y no será acertado dexar que nos halle el sol en la calle : mejor será que nos salgamos fuera de la ciudad , y que Vuesa Merced se embosque en alguna floresta aquí cercana , y yo volveré de dia y no dexaré ostugo en todo este Lugar donde no busque la casa , alcázar , ó palacio de mi señora : y asaz seria de desdichado , si no le hallase , y hallándole , hablaré con Su Merced y le diré donde y como queda Vuesa Merced , esperando que le dé órden y traza para verla sin menoscabo de su honra y fama. Has dicho , Sancho , dixo Don Quixote , mil sentencias encerradas en el círculo de breves palabras : el consejo que ahora me has dado , le apetezco y recibo de bonísima gana : ven , hijo , y vamos á buscar donde me embosque , que tú volverás como dices , á buscar , á ver y hablar á mi señora , de cuya discrecion y cortesía espero mas que milagrosos favores. Rabiaba Sancho por sacar á su amo del pueblo , porque no averiguase la mentira de la respuesta que de parte de Dulcinea le habia llevado á Sierra Morena , y así dió priesa á la salida , que fué luego , y á dos millas del Lugar hallaron una floresta , ó bosque , donde Don Quixote se

emboscó en tanto que Sancho volvía á la ciudad á hablar á Dulcinea, en cuya embaxada le sucedieron cosas que piden nueva atencion y nuevo crédito ².

CAPÍTULO X.

Donde se cuenta la industria que Sancho tuvo para encantar á la señora Dulcinea, y de otros sucesos tan ridiculos como verdaderos.

Llegando el autor desta grande historia á contar lo que en este capítulo cuenta, dice que quisiera pasarle en silencio, temeroso de que no habia de ser creído, porque las locuras de Don Quixote llegaron aquí al término y raya de las mayores que pueden imaginarse, y aun pasaron dos tiros de ballesta mas allá de las mayores. Finalmente, aunque con este miedo y rezelo, las escribió de la misma manera que él las hizo, sin añadir ni quitar á la historia un átomo de la verdad, sin dársela nada por las objeciones que podian ponerle de mentiroso: y tuvo razon, porque la verdad adelgaza y no quiebra, y siempre anda sobre la mentira, como el aceyte sobre el agua: y así prosiguiendo su historia, dice, que

así como Don Quixote se emboscó en la floresta, encinar, ó selva junto al gran Toboso, mandó á Sancho volver á la ciudad, y que no volviese á su presencia, sin haber primero hablado de su parte á su señora, pidiéndola fuese servida de dexarse ver de su cautivo caballero, y se dignase de echarle su bendicion, para que pudiese esperar por ella felicísimos sucesos de todos sus acometimientos y dificultosas empresas. Encargóse Sancho de hacerlo así como se le mandaba, y de traerle tan buena respuesta, como le truxo la vez primera. Anda, hijo, replicó Don Quixote, y no te turbes, quando te vieres ante la luz del sol de hermosura que vas á buscar. ¡Dichoso tú sobre todos los escuderos del mundo! Ten memoria y no se te pase della, como te recibe, si muda las colores el tiempo que la estuvieres dando mi embaxada, si se desasosiega y turba oyendo mi nombre, si no cabe en la almohada, si acaso la hallas sentada en el estrado rico de su autoridad, y si está en pie, mirala, si se pone ahora sobre el uno, ahora sobre el otro pie, si te repite la respuesta que te diere, dos ó tres veces, si la muda de blanda en áspera, de aceda en amorosa, si levanta la mano al cabello para

componerle, aunque no esté desordenado: finalmente, hijo, mira todas sus acciones y movimientos, porque si tú me los relatares como ellos fuéron, sacaré yo lo que ella tiene escondido en lo secreto de su corazon acerca de lo que al fecho de mis amores toca: que has de saber, Sancho, si no lo sabes, que entre los amantes las acciones y movimientos exteriores que muestran, quando de sus amores se trata, son certísimos correos, que traen las nuevas de lo que allá en lo interior del alma pasa. Ve, amigo, y guíete otra mejor ventura que la mia, y vuélvate otro mejor suceso del que yo quedo temiendo y esperando en esta amarga soledad en que me dexas. Yo iré y volveré presto, dixo Sancho, y ensanche Vuesa Merced, señor mio, ese corazoncillo, que le debe tener agora no mayor que una avellana, y considere que se suele decir, que buen corazon quebranta mala ventura, y que donde no hay tocinos, no hay estacas, y tambien se dice, donde no se piensa salta la liebre: dígolo, porque si esta noche no hallámos los palacios, ó alcázares de mi señora, agora que de dia los pienso hallar, quando ménos lo piense, y hallados, déxenme á mí con ella. Por cierto, Sancho, dixo Don Quixo-

te, que siempre traes tus refranes tan á pelo de lo que tratamos quanto me dé Dios mejor ventura en lo que deseo. Esto dicho, volvió Sancho las espaldas y varcó su rucio, y Don Quixote se quedó á caballo descansando sobre los estribos y sobre el arrimo de su lanza, lleno de tristes y confusas imaginaciones, donde le dexarémus, yéndonos con Sancho Panza, que no ménos confuso y pensativo se apartó de su señor, que él quedaba, y tanto, que apénas hubo salido del bosque, quando volviendo la cabeza y viendo que Don Quixote no parecia, se apeó del jumento, y sentándose al pie de un árbol, comenzó á hablar consigo mesmo y á decirse: sepamos agora, Sancho hermano, adonde va Vuesa Merced. ¿Va á buscar algun jumento que se le haya perdido? No por cierto. ¿Pues que va á buscar? Voy á buscar, como quien no dice nada; á una Princesa, y en ella al sol de la hermosura y á todo el cielo junto. ¿Y adonde pensais hallar eso que decis, Sancho? ¿Adonde? en la gran ciudad del Toboso. Y bien; y de parte de quien la vais á buscar? De parte del famoso caballero Don Quixote de la Mancha, que desfaze los tuertos y da de comer al que ha sed y de beber al que ha ham-

bre. Todo eso está muy bien. ¿Y sabeis su casa, Sancho? mi amo dice, que han de ser unos reales palacios, ó unos soberbios alcázares. ¿Y habéisla visto algun dia por ventura? Ni yo ni mi amo la hemos visto jamas. Y pareceos que fuera acertado y bien hecho, que si los del Toboso supiesen que estais vos aquí con intencion de ir á sonsacarles sus Princesas, y á desasegarles sus damas, viniesen y os moliesen las costillas á puros palos, y no os dexasen hueso sano? En verdad que tendrian mucha razon, quando no considerasen que soy mandado, y que *mensagero sois, amigo, no merecéis culpa, non*. No os fieis en eso, Sancho, porque la gente manchega es tan colérica, como honrada, y no consiente cosquillas de nadie. Vive Dios, que si os huele, que os mando mala aventura. Oxe puto, allá darás rayo: no si no ándeme yo buscando tres pies al gato por el gusto ageno, y mas que así será buscar á Dulcinea por el Toboso, como á Marica por Ravena, ó al Bachiller en Salamanca: el diablo, el diablo me ha metido á mí en esto, que otro no. Este soliloquio pasó consigo Sancho, y lo que sacó dél fué, que volvió á decirse: ahora bien, todas las cosas tienen remedio sino es la muerte,

debaxo de cuyo yugo hemos de pasar todos mal que nos pese, al acabar de la vida. Este mi amo por mil señales he visto que es un loco de atar, y aun tambien yo no le quedo en zaga, pues soy mas mentecato que él, pues le sigo y le sirvo, si es verdadero el refran que dice: dime con quien andas, decirte he quien eres: y el otro de: no con quien naces, sino con quien paces. Siendo pues loco, como lo es, y de locura que las mas veces toma unas cosas por otras, y juzga lo blanco por negro y lo negro por blanco, como se pareció quando dixo que los molinos de viento eran gigantes, y las mulas de los religiosos dromedarios, y las manadas de carneros exércitos de enemigos, y otras muchas cosas á este tono, no será muy difícil hacerle creer, que una labradora, la primera que me topare por aquí, es la señora Dulcinea, y quando él no lo crea, juraré yo, y si él jurare, tornaré yo á jurar, y si porfiare, porfiaré yo mas, y de manera que tengo de tener la mia siempre sobre el hito, venga lo que viniere; quizá con esta porfia acabaré con él, que no me envíe otra vez á semejantes mensagerías, viendo quan mal recado le traygo dellas, ó quizá pensará, como yo imagino, que algun mal encantador

de estos que él dice que le quieren mal, la habrá mudado la figura por hacerle mal y daño. Con esto que pensó Sancho Panza, quedó sosegado su espíritu, y tuvo por bien acabado su negocio, y detúvose allí hasta la tarde, por dar lugar á que Don Quixote pensase que le habia tenido para ir y volver del Toboso, y sucedióle todo tan bien, que quando se levantó para subir en el rucio, vió que del Toboso hacía donde él estaba, venian tres labradoras sobre tres pollinos, ó pollinas, que el autor no lo declara, aunque mas se puede creer que eran borricas, por ser ordinaria caballería de las aldeanas; pero como no va mucho en esto, no hay para que detenernos en averiguarlo. En resolucion, así como Sancho vió á las labradoras, á paso tirado volvió á buscar á su señor Don Quixote, y hallóle suspirando y diciendo mil amorosas lamentaciones. Como Don Quixote le vió, le dixo ¿que hay, Sancho amigo? ¿podré señalar este día con piedra blanca, ó con negra? Mejor será, respondió Sancho, que Vuesa Merced le señale con almagre, como rétulos de cátedras, porque le echen bien de ver los que le vieren. De ese modo, replicó Don Quixote, buenas nuevas traes. Tan buenas, respondió San-

cho, que no tiene mas que hacer Vuesa Merced, sino picar á Rocinante y salir á lo raso á ver á la señora Dulcinea del Toboso, que con otras dos doncellas suyas viene á ver á Vuesa Merced. ¡Santo Dios! ¿Que es lo que dices, Sancho amigo? dixo Don Quixote. Mira no me engañes, ni quieras con falsas alegrías alegrar mis verdaderas tristezas. ¿Que sacaria yo de engañar á Vuesa Merced, repondió Sancho, y mas estando tan cerca de descubrir mi verdad? Pique, señor, y venga y verá venir á la Princesa nuestra ama, vestida y adornada, en fin como quien ella es. Sus doncellas y ella, todas son una ascua de oro, todas mazorcas de perlas, todas son diamantes, todas rubies, todas telas de brocado de mas de diez altos: los cabellos sueltos por las espaldas, que son otros tantos rayos del sol, que andan jugando con el viento; y sobre todo vienen á caballo sobre tres cananeas remendadas, que no hay mas que ver. Hacaneas, querrás decir, Sancho. Poca diferencia hay, respondió Sancho; que cananeas á hacaneas; pero vengan sobre lo que vinieren, ellas vienen las mas galanas señoras, que se puedan desear, especialmente la Princesa Dulcinea mi señora, que pasma los sentidos. Vamos, Sancho hijo, respon-

dió Don Quixote, y en albricias destas no esperadas, como buenas nuevas, te mando el mejor despojo que ganare en la primera aventura que tuviere, y si esto no te contenta, te mando las crias que este año me dieren las tres yeguas mías, que tú sabes que quedan para parir en el prado concejil de nuestro pueblo. A las crias me atengo, respondió Sancho, porque de ser buenos los despojos de la primera aventura no está muy cierto. Ya en esto salieron de la selva y descubrieron cerca á las tres aldeanas. Tendió Don Quixote los ojos por todo el camino del Toboso, y como no vió sino á las tres labradoras, turbóse todo, y preguntó á Sancho, si las habia dexado fuera de la ciudad. ¿Como fuera de la ciudad? respondió ¿por ventura tiene Vuesa Merced los ojos en el colodrillo, que no ve que son estas las que aquí vienen, resplandecientes como el mismo sol á medio dia? Yo no veo, Sancho, dixo Don Quixote, sino á tres labradoras sobre tres borricos. Agora me libre Dios del diablo, respondió Sancho, y es posible que tres hacaneas, ó como se llaman, blancas como el ampo de la nieve, le parezcan á Vuesa Merced borricos? Vive el Señor, que me pele estas barbas si tal fuese verdad. Pues yo te digo,

Sancho amigo, dixo Don Quixote, que es tan verdad que son borricos, ó borricas, como yo soy Don Quixote y tú Sancho Panza: á lo ménos á mí tales me parecen. Calle, Señor, dixo Sancho, no diga la tal palabra, sino despabile esos ojos, y venga á hacer reverencia á la señora de sus pensamientos, que ya llega cerca: y diciendo esto se adelantó á recibir á las tres aldeanas, y apeándose del rucio, tuvo del cabestro al jumento de una de las tres labradoras, y hincando ámbas rodillas en el suelo, dixo: Reyna y Princesa y Duquesa de la hermosura, vuestra altivez y grandeza sea servida de recibir en su gracia y buen talante al cautivo caballero nuestro, que allí está hecho piedra mármol, todo turbado y sin pulsos de verse ante vuesa magnífica presencia. Yo soy Sancho Panza su escudero, y él es el asendereado caballero Don Quixote de la Mancha llamado por otro nombre *El Caballero de la Triste Figura*. A esta sazón ya se habia puesto Don Quixote de hinojos junto á Sancho, y miraba con ojos desencaxados y vista turbada á la que Sancho llamaba Reyna y señora, y como no descubria en ella sino una moza aldeana y no de muy buen rostro, porque era caretonda y chata, estaba suspenso y admi-

rado, sin osar desplegar los labios. Las labradoras estaban asimismo atónitas, viendo aquellos dos hombres tan diferentes, hincados de rodillas, que no dexaban pasar adelante á su compañera; pero rompiendo el silencio la detenida, toda desgraciada y mohina, dixo: apártense nora en tal del camino, y déxenmos pasar, que vamos de prisa. A lo que respondió Sancho: ó Princesa y señora universal del Toboso; como vuestro magnánimo corazon no se entornece, viendo arrodillado ante vuestra sublimada presencia á la coluna y sustento de la andante caballería? Oyendo lo qual otra de las dos, dixo: mas jo que te estregó burra de mi suegro: mirad con que se vienen los señoritos ahora á hacer burla de las aldeanas, como si aquí no supiésemos echar pullas como ellos: vayan su camino, é déxenmos hacer el nueso, y serles ha sano. Levántate, Sancho, dixo á este punto Don Quixote, que ya veo que la fortuna, de mi mal no harta, tiene tomados los caminos todos por donde pueda venir algun contento á esta ánima mezuquina que tengo en las carnes. Y tú, ó extremo del valor que puede desearse, término de la humana gentileza, único remedio deste afligido corazon que te adora, ya

que el maligno encantador me persigue, y ha puesto nubes y cataratas en mis ojos, y para solo ellos y no para otros ha mudado y transformado tu sin igual hermosura y rostro en el de una labradora pobre, si ya tambien el mio no le ha cambiado en el de algun vestigio, para hacerle aborrecible á tus ojos, no dexes de mirarme blanda y amorosamente, echando de ver en esta sumision y arrodillamiento que á tu contrahecha hermosura hago, la humildad con que mi alma te adora. Toma que mi agüelo, respondió la aldeana, amiga soy de oír resquebrajos. Apártense y déxenmos ir, y agradécérselo hemos. Apartóse Sancho y dexóla ir, contentísimo de haber salido bien de su enredo. Apénas se vió libre la aldeana, que habia hecho la figura de Dulcinea, quando picando á su cananea con un agujon que en un palo traia, dió á correr por el prado adelante: y como la borrica sentia la punta del agujon, que le fatigaba mas de lo ordinario, comenzó á dar corcovos, de manera que dió con la señora Dulcinea en tierra: lo qual visto por Don Quixote, acudió á levantarla, y Sancho á componer y cinchar el albarda, que tambien vino á la barriga de la pollina. Acomodada pues

la albarda , y queriendo Don Quixote levantar á su encantada señora en los brazos sobre la jumenta , la señora levantándose del suelo , le quitó de aquel trabajo , porque haciéndose algun tanto atras , tomó una corridica , y puestas ámbas manos sobre las ancas de la pollina , dió con su cuerpo mas ligero que un halcon sobre la albarda , y quedó ahorcajada , como si fuera hombre , y entónçes dixo Sancho : vive Roque , que es la señora nuestra ama mas ligera que un alcotan , y que puede enseñar á subir á la gineta al mas diestro cordobes , ó mexicano : el arzon trasero de la silla pasó de un salto , y sin espuelas hace correr la hacanea como una cebra , y no le van en zaga sus doncellas , que todas corren como el viento : y así era la verdad , porque en viéndose á caballo Dulcinea , todas picáron tras ella y disparáron á correr , sin volver la cabeza atras por espacio de mas de media legua. Siguíolas Don Quixote con la vista , y quando vió que no parecian , volviéndose á Sancho , le dixo : Sancho ¿ que te parece , quan mal quisto soy de encantadores ? y mira hasta donde se extiende su malicia y la ojeriza que me tienen , pues me han querido privar del contento que pudiera dar-



Luis y del " Carricón de don Quixote "

Dulcinea en el caballo

me, ver en su ser á mi señora. En efecto, yo nací para exemplo de desdichados, y para ser blanco y terrero donde tomen la mira y asesten las flechas de la mala fortuna: y has tambien de advertir, Sancho, que no se contentáron estos traydores de haber vuelto y transformado á mi Dulcinea, sino que la transformáron y volviéron en una figura tan baxa y tan fea, como la de aquella aldeana, y juntamente le quitáron lo que es tan suyo de las principales señoras, que es el buen olor, por andar siempre entre ámbares y entre flores: porque te hago saber, Sancho, que quando llegué á subir á Dulcinea sobre su hacanea (según tú dices, que á mí me pareció borrica) me dió un olor de ajos crudos, que me encalabrínó y atosigó el alma. ¡Ó canalla! gritó á esta sazón Sancho: ¡ó encantadores aciagos y mal intencionados, y quien os viera á todos ensartados por las agallas, como sardinas en lerchal mucho sabeis, mucho podeis, y mucho mas haceis. Bastaros debiera, bellacos, haber mudado las perlas de los ojos de mi señora en agallas alcornoqueñas y sus cabellos de oro purísimo en cerdas de cola de buey bermejo, y finalmente todas sus faciones de buenas en malas, sin que le

tocárades en el olor, que por el siquiera sacáramos lo que estaba encubierto debaxo de aquella fea corteza, aunque para decir verdad nunca yo vi su fealdad, sino su hermosura, á la qual subia de punto y quilates un lunar que tenia sobre el labio derecho, á manera de bigote, con siete, ó ocho cabellos rubios, como hebras de oro, y largos de mas de un palmo. Á ese lunar, dixo Don Quixote, segun la correspondencia que tienen entre sí los del rostro con los del cuerpo, ha de tener otro Dulcinea en la tabla del muslo, que corresponde al lado donde tiene el del rostro; pero muy luengos para lunares son pelos de la grandeza que has significado. Pues yo sé decir á Vuesa Merced, respondió Sancho, que le parecian allí como nacidos. Yo lo creo, amigo, replicó Don Quixote, porque ninguna cosa puso la naturaleza en Dulcinea, que no fuese perfecta y bien acabada, y así, si tuviera cien lunares como el que dices, en ella no fueran lunares, sino lunas y estrellas resplandecientes. Pero dime, Sancho, ¿aquella que á mí me pareció albarda, que tú aderezaste, era silla rasa, ó sillón? No era, respondió Sancho, sino silla á la gineta, con una cubierta de campo, que vale la mitad de un

reyno, segun es de rica. Y que no viese yo todo eso, Sancho, dixo Don Quixote: ahora torno á decir, y diré mil veces que soy el mas desdichado de los hombres. Harto tenia que hacer el socarrón de Sancho en disimular la risa, oyendo las sandeces de su amo tan delicadamente engañado. Finalmente despues de otras muchas razones que entre los dos pasáron, volviéron á subir en sus bestias, y siguiéron el camino de Zaragoza, adonde pensaban llegar á tiempo que pudiesen hallarse en unas solemnes fiestas que en aquella insigne ciudad cada año suelen hacerse; pero ántes que allá llegasen, les sucedieron cosas, que por muchas, grandes y nuevas, merecen ser escritas y leídas, como se verá adelante.

CAPÍTULO XI.

De la extraña aventura que le sucedió al valeroso Don Quixote con el carro, ó carreta de las Cortes de la muerte.

Pensativo ademas iba Don Quixote por su camino adelante considerando la mala burla, que le habían hecho los encantadores, volviendo á su señora Dulcinea en